

VOLCÁN DE BRUJAS

Víctor Malagrino (CABA)

MENCIÓN

LÍA

ENRIQUE

CÉSPEDES

HUGO

SOFÍA

1

LÍA, mujer joven, en sus treintas, relata de forma musical, cadenciosa. Se escucha una única nota repetitiva al piano, con un intervalo de un par de segundos. Siempre la misma nota que cae, gotea, interactuando con el relato de LÍA.

LÍA: Imaginen una isla, cerca del continente rodeada de sol, de vida, de agua y aire caliente. Una isla diseñada como centro de atracción, como polo veraniego, esperando un aluvión de turistas entusiastas que nunca jamás llegaron. Un paraíso perdido que los mapas no encontraron. Un oasis castigado por mareas inconvenientes donde expertos en turismo decretaron imprudente la actividad veraniega del veraneante decente.

Imaginen esa isla, con sus pocos pobladores encerrados en sus casas, alimentando rencores, echándose culpas falsas, agachando la cabeza con miedo, con desconfianza, con ira, angustia, tristeza.

Pueblo chico del infierno donde todos se conocen,
donde nadie sabe nada, pero todos saben dónde
ubicar un enemigo, apagar la luz y el goce,
cerrar puertas y ventanas, inventar supersticiones.
Imaginen esa isla, Puerto Sirena es su nombre.

LÍA mira asombrada las paredes de su habitación. Hay posters de Top gun, Bon Jovi, Grande pa, New kids on the block, Seinfeld y Alf. Recortada en medio de la habitación se abre una ventana que da al monte. Al lado de LÍA está ENRIQUE, su papá. Hombre mayor, de hombros vencidos y mirada esquiva.

LÍA: Guau... Está todo igual. Como si nunca me hubiera ido ¡Uy, ese poster!

ENRIQUE: Está siempre cerrado desde que te fuiste. No hay razón para tocar nada.

LÍA: ¿Estás bien, pa?

ENRIQUE: Sí, estoy bien. Solo que me hubiera gustado que vinieras a la isla cuando el Padre Ramón hizo la misa en memoria de tu mamá.

LÍA: No pude, pa. No empieces con eso.

ENRIQUE: Nunca mostraste interés por tu madre.

LÍA: Y mamá nunca mostró interés por mí.

LÍA da una vuelta por la habitación mirando cosas.

LÍA: Te traje revistas. Encontré a uno en mercado libre que vendía como veinte años de las Selecciones del Reader's Digest, y me acordé que a vos te gustaban. Siempre las leías después del almuerzo ¿te acordás?

ENRIQUE: Sí, me acuerdo.

LÍA: Te encendías un habanito, un coñac y las revistas. Te las dejé en una caja en el living. Después miralas.

ENRIQUE: Después las miro.

Silencio.

LÍA: Te extrañé, pa.

ENRIQUE: Ok. ¿Para qué viniste?

LÍA: Por lo de la nota. Mi editora me pidió una sección de destinos inhóspitos y me recomendó escribir sobre la isla.

ENRIQUE: Destino inhóspito.

LÍA: Sí.

ENRIQUE: Te pido que vengas a la misa y no venís. Te lo pide una extraña y estás acá en un minuto. La verdad que no te entiendo, Lía.

LÍA: No es una extraña, es mi jefa, es mi trabajo.

Pausa.

LÍA: Mirá pa, yo no quiero molestar. Solo voy a tomar un par de testimonios, sacar fotos y a la nohecita me voy a mi casa.

ENRIQUE: Pronosticaron tormentas para hoy.

LÍA: Sí, ya se. Voy a estar atenta como para adelantarme. No me gusta agarrar el puente con lluvia fuerte. No te voy a molestar, pa. En un rato voy a la intendencia a entrevistar a Céspedes ¿Querés que almorcemos juntos, después?

ENRIQUE: Veo. No soy de almorzar.

LÍA: Ok.

ENRIQUE *sale*. LÍA *queda de pie en el centro de la habitación, resignada. Gira hacia la ventana. Su mirada se pierde sobre el monte largos instantes. Suena la nota pedal repetitiva, cadenciosa. De a poco ella se da vuelta y se sienta en un banquito en el centro del espacio. Espera, siempre acompañada por la nota al piano. Instantes después entra CÉSPEDES en ropa deportiva, arrastrando un gran pizarrón que queda a espaldas de LÍA. En el centro se aprecia un mapa de la isla en su totalidad.*

CÉSPEDES: ¿Cómo anda, Lía? Tanto tiempo. ¿Cómo la trata o maltrata la ciudad?

LÍA: Tuteame Esteban, por favor. Fuimos compañeros de primaria...

CÉSPEDES: Nunca tuteo a nadie en el horario de trabajo.

LÍA: Claro, este es el horario del Céspedes intendente...

CÉSPEDES: Sí, del intendente, guía turístico, acompañante terapéutico, personal trainer, jajaja.

LÍA: Bien ahí, ahorrándole cargos al municipio. Esteban, mi idea es grabar un poco acá y después salir a tomar unas imágenes ¿Te parece bien?

CÉSPEDES: Sí, perfecto. Tenemos unos rincones hermosos en la isla. El puente, por ejemplo, está lindo. Lo pintamos en febrero.

LÍA: Sí, pero... preferiría otros paisajes... pensaba en la vieja rambla, yo. Va mejor con la naturaleza de la nota.

CÉSPEDES: Está toda quebrada, fea... pero, bueno... Como quiera. Igual le aviso que tengo grandes proyectos para devolverle el brillo turístico a la isla. Esto va a cambiar y mucho. Me estuve asesorando y hay expertos que pronostican cambios drásticos en las mareas en los próximos años.

LÍA: Ajá, que interesante ¿Me podrías pasar el nombre de esos meteorólogos así les tomo testimonio para la nota?

CÉSPEDES: No, no son meteorólogos. Consulté con otro tipo de especialistas... Tarotistas, quirománticos...

LÍA: Ah, entiendo... Dame un segundo

LÍA saca su grabador digital y lo acciona, dando comienzo a la entrevista.

LÍA: Puerto Sirena, intendencia, Esteban Céspedes... Doctor Esteban Céspedes.

CÉSPEDES: No, doctor no.

LÍA: Ok. Doctor no, entonces. Recién Esteban, me decías off the record que tenés muchos proyectos para tu gestión ¿me podrías adelantar algo?

CÉSPEDES: Buenas tardes... Sí, Lía, son muchos. Y muy ambiciosos.

CÉSPEDES se dirige al pizarrón y comienza a dibujar con una tiza las secciones de la isla que va describiendo en su relato.

CÉSPEDES: En principio quiero recuperar el paseo costero en todo su esplendor; hacer una feria, un parque de diversiones, un boulevard costero con bares, restaurantes... recuperar la peatonal. Todo nuevo, todo de lujo... No quiero saber nada con el pasado de la Isla... ¿Puede pausar la grabación un momento?

LÍA: No te preocupes, después edito.

CÉSPEDES: Ok... Puerto Sirena se cae, Lía. Su nota nos ayudaría mucho a poder concretar las mejoras, a renovar el interés de la gente.

LÍA: Nunca funcionó el turismo acá. Y mirá que se intentó, eh.

CÉSPEDES: Pero podría. Si se dan un par de factores, podría... Yo quiero ser recordado como el intendente que le devolvió el brillo a Puerto Sirena. Nosotros ni lo llegamos a vivir, pero hace setenta, ochenta años esto era un paraíso próspero... La gente hacía cola para instalarse acá y ponerse un boliche playero, un quiosquito, lo que sea. Eso hasta que llegaron las primeras trombas... Mi viejo me contaba que veía esos tubos de agua agitarse como látigos contra la playa, ennegreciendo el cielo... quebrando el paisaje con sus rayos y tormentas...

Dibuja las trombas azotando los límites costeros de la Isla.

CÉSPEDES: En algunas ocasiones provocaban tormentas enloquecidas; al tocar la superficie se convertían en tornados despiadados o en diablos de arena que caían sobre la gente, las casas y animales como un millón de agujas en punta...

LÍA: Nada de eso fue gratuito, Esteban. Por más que el padre Ramón insista, la ira de Dios no fue la causa.

CÉSPEDES: Claro que no. El boom agropecuario en el continente hizo lo suyo... Ellos estaban rebosantes de granos y dólares. Con sus máquinas trabajando las veinticuatro horas, talando y sembrando y contando billetes. Chochos. Y nosotros, espiando a través de las ventanas tapiadas como los vientos huracanados iban destruyendo todo. Cada farol, cada monumento... Todo. Necesitamos esa nota Lía. Una buena nota... Le prometo que ahora va a ser diferente...

LÍA: Está bien. Voy a hacer lo posible.

CÉSPEDES se aleja del pizarrón. LÍA se pone de pie frente al mapa y pierde su mirada en él. La redondez de los bordes costeros tiene forma de cabeza, y los trazos de tiza sus pelos. Pelos que cubren toda la circunferencia. Al norte se adivinan dos círculos como ojos, y al sur un camino horizontal cruza el mapa como una boca ancha, plagada de colmillos. La nota pedal, al piano, acompaña la contemplación.

LÍA: Esteban... ¿Te acordás del compañerito ese que tuvimos durante muy poco tiempo? El que tenía cara de perro...

CÉSPEDES: Uy, sí. Pobrecito. Me acuerdo.

LÍA: ¿Tenés idea de qué pasó con él?

CÉSPEDES: Hugo se llamaba. Me acuerdo que lo habían mandado al colegio para ver si se adaptaba, pero todos le tenían miedo. Le tiraban cosas, lo escupían, y lo tuvieron que sacar. Era peludito... todo lleno de pelos y tenía como un hocico en lugar de nariz, qué

espanto. Dicen que cuando nació, los padres se lo dieron al Padre Ramón para que lo bautice, a ver si el espíritu santo le sacaba lo monstruoso y el viejo casi lo ahoga en el agua bendita a propósito.

LÍA: Sí, lo había escuchado. Tremendo...

CÉSPEDES: Lo último que supe de él es que los padres se murieron y estuvo vagando por el pueblo, en la calle, robando comida de los tachos, compitiendo con los otros perros...

LÍA: Pero él era un nene.

CÉSPEDES: Parecía nene.

LÍA: Pobrecito... A la hora de la siesta caminaba por las callecitas. Mi viejo no me dejaba salir a esa hora por miedo a que me atacara. Me tenía que quedar toda la siesta encerrada en mi habitación.

CÉSPEDES: Me acuerdo muy bien de esa habitación.

LÍA: ¿De mi habitación?

CÉSPEDES: Sí... por... por lo que pasó.

LÍA: ¿Qué pasó? Nada pasó.

CÉSPEDES: Lo nuestro, Lía...

LÍA: No hay nada nuestro, Esteban ¿De qué hablás?

CÉSPEDES: De lo nuestro. Dele. No se haga.

LÍA: No me hago. No hay, ni hubo "nuestro". Un par de besos arrebatados y una frotada no hacen ningún "nuestro".

CÉSPEDES: Bueno, para mí sí.

LÍA: Y para mí no.

CÉSPEDES: Y para mí sí.

LÍA: ¿Podemos seguir con lo que estábamos?

CÉSPEDES: (*Resignado.*) Sigamos.

LÍA *recorre la oficina, incómoda. Tiempo.*

LÍA: Contame algo más sobre la Isla. Lo que quieras. Explayate.

CÉSPEDES: (*Incómodo.*) ¿Lo que yo quiera? No sé...

LÍA: El nombre de la isla: Puerto Sirena.

CÉSPEDES: Bueno, el nombre... Digamos que... es una historia muy particular. Creer o reventar. Resulta que un grupo de pioneros, saliendo a navegar, porque en esa época se podía navegar todavía, descubrieron el cuerpo de una sirena moribunda del lado del mar abierto, sobre las rocas negras, filosas. Se quedaron impactados. Tenía el cuerpo bastante deteriorado, apenas si se le podían adivinar las facciones humanas y la cola de pescado... Pero era una sirena, eh. Lo describen los diarios de navegación, los manuscritos de los pioneros, la Gaceta isleña, hay mucha documentación.

LÍA: Guau... ¿Qué más? ¿Y el volcán?

CÉSPEDES: ¿Volcán?

LÍA: Sí, las luces del monte. Los viernes a la noche mi viejo cerraba ventanas y postigos y no me dejaba pisar ni el patio por las brujas. Se veían esas luces extrañas en el monte. Mi viejo y sus amigos decían que eran los aquelarres de las brujas del volcán.

LÍA *dibuja con la tiza un círculo en medio de la isla, marcando la ubicación del monte. En la totalidad del mapa, el círculo hace las veces de hocico en la cabeza formada por los trazados.*

CÉSPEDES: (*Distante, seco.*) No, no sé. No sé nada de eso. Cada casa es un mundo, y en la mía no se comentaba nada sobre eso.

LÍA: Siempre sentí mucha intriga por la casona del monte, por los aquelarres de los viernes... Logré contactar a la dueña. Esta mujer... Sofía no sé cuánto. Más tarde la voy a ir a entrevistar. ¿La conocés? ¿Te acordás de quién te digo?

CÉSPEDES: Te dije que no, que no tengo ni idea... Recién estaba chispeando un poco... Va a ser mejor que vayas a sacar las fotos y arranques la vuelta porque se pone jodido el puente con lluvia.

LÍA: ¿Ahora me tutea, intendente?

CÉSPEDES: Es mi horario de almuerzo.

LÍA: ¿Almorzamos?

CÉSPEDES: Estoy tapado de trabajo. Haceme caso, andá volviendo pronto porque pronosticaron tormentas fuertes.

LÍA: ¿Los quirománticos?

CÉSPEDES: No. Los del noticiero. Chau, Lía.

2

La pizarra desaparece y LÍA se encuentra nuevamente en su cuarto de la adolescencia. Durante el próximo texto, la figura del monte, recortada en la ventana, se transforma, expande, ilumina, late. Suena al piano la nota pedal.

LÍA: Imaginen ahora un viernes por la noche, veinte treinta.

Padre e hija en silencio, ya terminando la cena.

Con el semblante fruncido, cierran puertas y ventanas.

“Es la hora de dormir, sin chistar, hasta mañana.”

La hija se va a su cuarto donde un día ha descubierto escondido en la persiana un diminuto agujero por el que espía los viernes al monte prendido fuego

Fascinada por las luces, por los cantos, y el aliento del demonio a kerosene transportado por el viento, quiso un día que su padre la sorprenda en su herejía y castigue a puño y cinto su impertinente osadía regalándole una noche de llanto, dolor y rezo.

El cuerpo de aquella niña, todavía recuerda eso porque en días de humedad... La memoria está en los huesos.

Un cambio de luz devela la presencia de ENRIQUE en la habitación.

ENRIQUE: A lo mejor estuve brusco.

LÍA: ¿Qué? ¿De qué hablás?

ENRIQUE: De lo de antes. A lo mejor estuve brusco con lo que te dije de la misa... Que no viniste y eso.

LÍA: Ah, bueno. Sí. Puede ser... Es que mamá... Yo no estuve en su misa y ella no estuvo en mi vida... así que estamos a mano.

ENRIQUE: No seas cruel con tu mamá.

LÍA: Papá, por favor... Por más cruel que sea es la verdad. Ella era una presencia, una figura que atravesaba la casa en silencio, haciendo que hacía. Estaba, no estaba, siempre así hasta que.... Bueno. Hasta que se evaporó.

ENRIQUE: ¡No seas cruel con tu mamá! Respetala. Siempre fuiste tan independiente, tan cocorita, tan pagada de vos misma. Respetala ahora que no está por lo menos.

LÍA: Mi mamá, mi mamá decís... Ella no era mi mamá.

ENRIQUE: Sí lo era.

LÍA: No.

ENRIQUE: Sí, ella era tu mamá.

LÍA: No era.

ENRIQUE: ¡Lía, por favor! ¿Qué estupidez decís?

LÍA: O sea... Sí era. Pero para mí no era. Yo de pendeja la veía como la señora que vivía con nosotros. Eso era. La mujer que me dormía. Solo existía de noche, para dormirme con esas historias... esotéricas, ridículas. Y yo siento que me faltó y que me falta. Me falta

madre, pá. ¿Vos sabés que a veces intento e intento, y no logro recordar su voz...? No me acuerdo del sonido de su voz... Trato, eh... Pero encuentro un hueco. Un sonido hueco...

Pausa.

Silencio.

LÍA: Así... ¿escuchás?

ENRIQUE: No, no escucho nada.

LÍA: Precisamente.

Pausa.

LÍA: Se me está haciendo tarde y tengo una entrevista pautada. La última. Si me sigo colgando me va a agarrar el agua.

ENRIQUE: Sí, claro.

Pausa.

ENRIQUE: ¿A quién vas a entrevistar?

LÍA: Localicé a la señora Sofía, la de la casona del monte, y quiero salir enseguida por el tema del camino...

Silencio.

ENRIQUE: Si me permitís decirte algo... No te conviene ir al monte, por el pronóstico... ¿Por qué no vas a lo de Piedrabuena? No se muere más el viejo Piedrabuena, es la memoria viva de la isla.

LÍA: No. El viejo inventa más de lo que recuerda. Me lo conozco de memoria.

Pausa.

ENRIQUE: ¿Comiste?

LÍA: No tengo tiempo.

ENRIQUE: Te preparo algo. Algo rapidito. Ayer estuve en lo de Saturnino y traje unas verduras hermosas.

LÍA: No, comé vos.

ENRIQUE: Yo ya almorcé... pero te lo preparo en dos patadas. Esperame acá. No quiero que te vayas sin comer, eh. Te va a hacer mal.

LÍA: Bueno. Metele.

ENRIQUE sale. LÍA empieza a preparar su mochila. Agua, cámara, grabador, repelente. Escucha la voz de su papá hablando por teléfono. No entiende lo que dice. Sigue guardando, agarra su libreta y chequea las preguntas de la próxima entrevista.

LÍA: Traeme un sanguchito, cualquier cosa. Como acá en el cuarto.

ENRIQUE: *(Desde afuera.)* Ok.

Instantes después entra con un plato en la mano.

ENRIQUE: Pan, queso, tomate y pepino ¿Está bien?

LÍA: Está perfecto por mí. Dejalo ahí.

ENRIQUE *lo deja ahí y se queda parado mirándola. Ella lo ignora, empieza a comer, con la vista clavada en su libreta. Se escucha frenar una camioneta en la entrada de la casa.*

ENRIQUE: Voy a ver quién es.

ENRIQUE *sale. Instantes después vuelve a entrar a la habitación, acompañado de CÉSPEDES, que carga una caja.*

CÉSPEDES: Lía.

LÍA: Esteban.

ENRIQUE: Los dejo tranquilos.

ENRIQUE *sale. CÉSPEDES se sienta sobre la cama con la caja en su regazo. LÍA sigue leyendo y masticando.*

CÉSPEDES: Le traje un material muy bueno. No me agradezca. Mire, venga.

LÍA: No te agradezco... ¿Qué trajiste?

CÉSPEDES: Videos. Un montón de material sobre la isla en VHS.

LÍA: Ah, qué bien. Dejámelos ahí y después los miro. Ahora estoy saliendo a hacer una entrevista. Apenas vuelvo miro todo.

CÉSPEDES: Va a ser mejor que lo mire ahora. Mirémoslo juntos, así le voy explicando.

LÍA: No quiero ser descortés, por favor...

CÉSPEDES: Bueno. Esto, esto solo (*saca de la caja un VHS y lo sacude en el aire como si fuera un trofeo.*) ¿Anda esa videocasetera?

LÍA: Ni idea. Lo último que recuerdo haber visto ahí fue mi fiesta de quince...

CÉSPEDES: Pruebo.

LÍA: Probá.

Pueba.

CÉSPEDES: Parece que va, eh... Es una joya esto Lía. Preste atención.

LÍA: A ver...

CÉSPEDES: Está un poco arrugada la cinta, se ve... ahí empieza.

CÉSPEDES sienta a LÍA en la cama. Comienza a reproducirse el video. Se escucha la introducción musical del noticiero semanal "Sucesos Argentinos". LÍA mira por cortesía, deseando seguir sus preparativos para irse.

CÉSPEDES: Es oro puro.

Video – En vísperas ya a iniciarse la temporada veraniega, la pintoresca isla Puerto Sirena, inaugura su ostentosa rambla, graciosamente recostada entre los médanos que devienen en frondosa serranía. Los isleños todos se aprestan a vestir sus más lujosas galas, y no es para menos. La regia inauguración cuenta con la visita ilustre del excelentísimo ministro de obras públicas, acompañado por su señora esposa, quienes sin duda eligieron este destino atraídos por el aire marino, la pueblerina sencillez de sus habitantes y el aroma irresistible del esturión a la parrilla ¿No es cierto, señora?...

LÍA: Bueno, muy lindo. Gracias Esteban.

CÉSPEDES: Así estábamos. En la misma ubicación.

LÍA: ¿Qué decís?

CÉSPEDES: Y yo te agarré suavemente de la nuca...

LÍA: ¿Otra vez con eso?

CÉSPEDES: Es que para mí fue importante.

LÍA: No sigas, no te quiero pinchar el globo...

CÉSPEDES: Me acuerdo que, en el mejor momento, cuando los pantalones estallaban escuchamos los pasos precipitados por el pasillo y entró tu papá.

Entra ENRIQUE.

ENRIQUE: ¿Qué está pasando acá?

CÉSPEDES: Lía se va al monte.

ENRIQUE: Sí, ya sé... Mejor quedate, hija. Haceme caso, solo quiero protegerte...

LÍA: Ya soy grande y me protejo sola.

ENRIQUE: ¡Soy tu padre, carajo y te prohíbo que vayas al monte! Solo cosas horribles vas a encontrar ahí. Punto.

LÍA lo mira desafiante y deja caer su mochila al piso. ENRIQUE le acaricia la cara y sale de la habitación. CÉSPEDES la mira breves segundos y va tras él. Instantes después, LÍA se asoma por la puerta, y en silencio levanta la mochila del piso y se prepara para salir. Ya con la mochila a cuestas, respira hondo y las paredes se desarmen, perdiéndose en la oscuridad. Todo es camino, arboleda y el monte más allá. El audio del video sigue, ilustrando su caminata y conviviendo con la nota al piano que crece y crece en intensidad y con la aparición de algún trueno ocasional.

Video – La ceremonia de la bendición de las aguas, congrega en la playa a gran parte del vecindario y a los ilustres visitantes, quienes luego son invitados a disfrutar de los muchos atractivos que la isla ofrece. El paisaje es variado y encantador. La graciosa grama, acaricia los pies de los caminantes que se aventuran con hidalguía por el zigzagueante camino que lleva al monte, verdadero monarca de la isla, quien le disputa protagonismo a la mismísima

ninfa durmiente que dio nombre al archipiélago. Luego de atravesar la salvaje galería de azahares y algarrobos, el intrépido caminante...

3

La voz del video se pierde, ganando cada vez más presencia la nota al piano. El espacio se transforma en un living lleno de libros desparramados, un piano y un sillón de dos cuerpos. A un costado, HUGO, con su rostro y manos peludas toca la nota al piano. A la nota pedal omnipresente, le empieza a sumar otras hasta tejer una melodía simple, desarmada, que se abre, se despliega. Entra LÍA. En un principio, HUGO no advierte su presencia y continúa tejiendo la melodía. Ni bien percibe a LÍA, corta repentinamente, avergonzado. Queda todo en silencio. LÍA sonrío y aplaude brevemente, sorprendida.

LÍA: Seguí... Hacé de cuenta que no estoy.

HUGO *mira hacia abajo, con timidez.*

LÍA: Bueno, como quieras (*Le sonrío, aún sorprendida.*). Qué sorpresa verte, Hugo... tantos años ¿Vos te acordás de mí?

HUGO *apenas la observa de reojo, brevemente y después niega con su cabeza volviendo a mirar el piso.*

LÍA: Estuvimos juntos en el colegio un par de meses. En el mismo curso. Cuarto grado creo que era.

HUGO *vuelve a negar, ya sin mirar. Después de eso toca dos veces seguidas la misma nota en el piano.*

Tin

Tin

LÍA: ¿Vivís acá?

Tin

LÍA: ¿Con la señora Sofía?

Tin

LÍA: ¿Hace mucho?

Tin

LÍA: ¿Y al pueblo, no bajaste más?

Tin

Tin

LÍA: *(Sonríe, creyendo entender el código.)* ¿Y yo vivo acá?

Tin

Tin

LÍA: Entiendo... Te gusta la música, veo...

Tin

LÍA: ¿Qué más te gusta? ¿Cantar?

Esta vez golpea dos veces un conjunto azaroso de teclas, ofendido por la pregunta. Ya no suena como dos notas limpias sino como dos colisiones atonales.

Chaun

Chaun

LÍA: Perdón... Vos... No hablás, ¿no?

HUGO: *(Se esfuerza, gesticula dejando salir un hilo áspero de voz de su garganta, como un mueble arrastrado, tras lo cual logra articular.)* Po...co...

LÍA: Debés pensar que soy una tarada.

Tin

LÍA: *(Riendo.)* Bueno, no me trates así.

HUGO: *(Vuelve al ronquido.)* Chis... te...

Luego de esto, HUGO vuelve a mirar el suelo, avergonzado, pero ahora con un rictus parecido a una sonrisa dibujado en su cara peluda.

LÍA: Siempre me acuerdo de vos. Me acuerdo bien... Me hubiera gustado que compartiéramos más, pero desapareciste. No supe nada más. Solo lo que llegaba de oídas. Me dio pena. Supongo... supongo que la gente debe haber sido muy cruel con vos.

Chaun

LÍA: Te trataron mal, ¿no?

Chaun

LÍA: Perdoname, no te pregunto más. Que hijos de puta... *(Camina lentamente alrededor de HUGO.)*

HUGO: *(Retoma el sonido gutural que desemboca en)* Ete... ban.

LÍA: ¿Cómo?

Hugo – *(Intentando modular mejor.)* Ete... ban.

LÍA: Perdoname, no...

Hugo – *(Proyectando aún más su áspero ronquido.)* E... te... ban.

LÍA: ¿Esteban? ¿Esteban Céspedes.... el intendente?

Chauuuuuuuuuuuuum

LÍA: Céspedes...

HUGO *mezcla su contundente afirmación con la vuelta de la nota pedal, constante, hipnótica, como quien evade un asunto doloroso. Cambia de tema, de partitura. Aparece* SOFÍA.

SOFÍA: Sufrió mucho Huguito... muchísimo. Hace como veinticinco años me lo traje a vivir conmigo. Estaba raquítico, pulgoso y lastimado. Los imbéciles de abajo organizaban patrullas para cazarlo... como deporte nomás. Se metían entre las calles del pueblo a buscarlo y ni bien lo encontraban, acurrucado de miedo en un rincón, lo molían a patadas. Querían tener al monstruo controlado, temeroso... Al monstruo...

Silencio. HUGO *mira el teclado mientras sigue tocando.* LÍA *lo observa piadosamente.*

SOFÍA: Hace tiempo te estaba esperando.

LÍA: Sí... Hola Sofía... quedamos a las tres, ya sé. Perdóneme, pero me demoré con unas cosas.

SOFÍA: No, no digo hoy. Hace tiempo. Hace bastante tiempo.

LÍA: Ah... ¿me conocía, entonces?

Pausa.

SOFÍA: Cuando quieras empezamos.

LÍA: Eh, sí ¿Le molesta que grabe?

SOFÍA: No, no me molesta.

LÍA: Ok, vamos.

LÍA comienza a grabar con su grabador digital.

LÍA: Empezamos. Puerto Sirena, Casona del monte, Señora Sofía. En principio, me gustaría dedicarle un par de párrafos en la nota a las supersticiones de la isla. Son un condimento de color muy local y pensé que usted quizá pueda ayudarme.

SOFÍA: ¿A qué llamás supersticiones? (*Señala a Hugo.*) ¿Un chico con hipertriosis es una superstición? Yo siempre pensé que era una condición clínica... Síndrome de hombre lobo le dicen también. Que ganas de joder con los nombres...

LÍA: Sí... no digo que sea todo cierto...

SOFÍA: Tenemos a la sirena muerta, también.

LÍA: Ajá. Y los vientos lumínicos.

SOFÍA: ¿Vientos lumínicos? Nunca escuché...

LÍA: ¡Los vientos lumínicos, claro! Esas luces malas movedizas, refucilos que llevan cosas de acá para allá... Cuando yo era chiquita, a la hora de acostarme me moría de miedo por las ráfagas de viento que sacudían la casa o a las trombas que explotaban contra las ventanas. Entonces mi mamá en lugar de leerme cuentos, inventaba cosas sobre los vientos lumínicos. Me decía de una vecina a la que un viento lumínico le había levantado al perro por el aire y se lo había llevado lejos, lejos. Lo encontraron medio voleado a catorce kilómetros, contaba. Decía que al viejo Piedrabuena un viento lumínico le arrancó el bisoñé y lo hizo viajar hasta el campito de Saturnino... donde se lo comió una vaca, jajaja. Me decía que hasta se podía viajar en esos vientos, como si fueran aviones hechos de aire. Todas esas pavadas, me contaba mi mamá. Son casi los únicos recuerdos que tengo de ella. Que loco. Solo fantasías recuerdo de su boca. Fantasías huecas. Sin cuerpo... sin voz.

SOFÍA: Cada uno regala lo que puede. Hay mucha fantasía por acá. Esperá que te muestro algo.

SOFÍA se pone de pie y empieza a buscar algo entre los papeles y libros desparramados.

LÍA: Hablando de supersticiones y fantasía también están... con todo respeto... las historias de acá... del monte.

SOFÍA: *(Contesta sin dejar de buscar.)* ¿Lo de las brujas, decís? Decilo con todas las letras, nena.

LÍA: Sí, no quería ser grosera.

SOFÍA: Para nada. No sos grosera. Mejor ser bruja que un montón de otras cosas...

LÍA: De chica yo espiaba el monte los viernes. Mi papá no me dejaba. Pero yo había encontrado un agujerito en la persiana de mi cuarto y me pasaba horas mirando las luces, escuchando rumores de canciones... Siempre me pregunté qué harían. Siempre me intrigó.

SOFÍA: Matábamos criaturas. No, nena. Es chiste... ¿Qué hacíamos en el monte? De todo... ¡Acá está!

SOFÍA agarra con cuidado una foto muy antigua de una pila de papeles y libros.

SOFÍA: Mirá. Tené cuidado porque es muy frágil, se deshace de nada. Es la fantasía fundante de la isla...

Se la alcanza. LÍA la toma con delicadeza y la mira con seriedad.

LÍA: ¿La sirena? Uy no lo puedo creer... No llevo a entender la figura... Los acantilados se ven espectaculares, qué loco... pero a la sirena no la entiendo.

SOFÍA: Ni la vas a entender. Esta foto es la prueba viva de que el nombre de la isla tiene, por lo menos, dos grandes mentiras. Puerto, lo que es puerto, nunca tuvimos. Se tardó tanto en programarlo que cuando se iba a ejecutar cambiaron las mareas y se volvió una odisea imposible. Y lo de sirena, bueno... hay que ser morboso y brutal para imaginar a una sirena en el cuerpo de una mujer destrozada.

Silencio. SOFÍA enciende un cigarrillo y pita.

SOFÍA: ¿Querés?

LÍA: No fumo. No entiendo, usted dice entonces...

SOFÍA: Te pido por favor que nos remontemos a mediados del siglo XIX, a una isla perdida en medio de la nada, con cuarenta, cincuenta tipos que llegaron escapando de vaya a saber una qué, analfabetos, enfermos, borrachos, ex convictos... y una docena de mujeres que los "atendían" ... Los pioneros. Hagamos el ejercicio, dale.

LÍA: Sí.

SOFÍA camina animada, fumando.

SOFÍA: Entonces, en medio de ese clima denso, hostil, desaparece una piba. Se va, de repente... Y del otro lado de la isla justo encuentran el cuerpo moribundo de una "sirena" ... Una semi-deidad mártir llegada para iluminar nuestras costas con su sacrificio. Lo que intento decirte es que la fantasía y la épica, también pueden ser formas de manipulación. Ahí es donde la historia se mezcla con el dogma y la fe y todo se vuelve tan difícil de cuestionar.

LÍA: Entonces la historia de la sirena...

SOFÍA: ...fue el invento que encontraron para romantizar la aparición del cuerpo ultrajado de una piba. Esa mujer sin nombre que le dio nombre a la isla. Y ese acontecimiento se termina transformando en la fundación mítica de este agujero. Empezamos bien ¿no?

LÍA apoya la foto y le apunta con su cámara.

LÍA: ¿Puedo?

SOFÍA: Claro ¿Así que conocías a Huguito?

LÍA: Sí. Yo soy nacida y criada en la isla. Después me fui.

SOFÍA: Sí, ya se. Sé quién sos.

Silencio.

LÍA: Usted debe saber que soy hija de Maricarmen Medina. La conoce, ¿no?

SOFÍA: Sí, claro. Mucho. Tu mamita...

Silencio. SOFÍA mira a LÍA y enciende un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior.

SOFÍA: Tu mami asistía siempre al Círculo... o al "Aquelarre" como les decían allá abajo a nuestras reuniones.

LÍA: ¿Qué es el círculo?

SOFÍA camina parsimoniosamente por el espacio y mientras narra, pita y gesticula.

SOFÍA: El Círculo es... Era un grupo de mujeres con intereses especiales. Nos fuimos imantando más por el espanto a la mediocridad local que por otra cosa. El círculo fue un salvavidas... Éramos poquitas, pero intensas. La cosa era así: nos juntábamos los viernes acá, con la idea de sacarnos la mierda de este pozo de adentro. Encendíamos unos farolitos a kerosene hermosos muy antiguos de la época de los pioneros y poníamos música o tocábamos...

Le hace una seña a HUGO para que cambie lo que viene tocando.

SOFÍA: Algo más arriba, dale...

HUGO *toca algo más animado.*

SOFÍA: Así va mejor. Bailábamos, cantábamos, gritábamos como condenadas a muerte...

Empieza a bailar y sirve un par de tragos en unas copas que encuentra por ahí. Se sube al sillón bailando y tomando.

SOFÍA: Dije que bailábamos... dale, nena.

LÍA: Ah, sí.

LÍA toma la copa y se sube con ella al sillón. Bailan y beben las dos. HUGO toca, cada vez más compenetrado.

SOFÍA: *(Mientras baila.)* Después de la catarsis leíamos cosas propias o ajenas, y hablábamos de libros, de política, arte, filosofía... De las novedades que nos traía Marito el cartero... De todo. Y tomábamos caña, ajeno, lo que consiguiéramos... Fumábamos flores, salvia, habanos... Se había formado un grupo lindo, una pequeñísima comunidad adentro de la pequeñísima comunidad isleña.

LÍA: ¿Y mi vieja siempre estaba?

SOFÍA: Tu mami se sumó cuando ya estábamos armadas y consolidadas... Pero su llegada fue un torbellino. Estaba bastante tímida al principio, pero después se fue ablandando y nos pasó por encima con sus haikus poético-políticos, y su frenesí, su urgencia por hacer explotar el mundo y convertirlo en otra cosa.

LÍA: Parece que me hablara de otra persona.

SOFÍA: Yo creo que lo era... Acá arriba sin dudas era otra persona... Porque allá abajo... Mirá Lía, a veces tu mami subía con moretones, con el cuerpo marcado, con lentes negros para intentar esconder la angustia... Pero era imposible; le brotaba pena y dolor por todos los poros...

LÍA *se queda en silencio.*

LÍA: ¿Y qué...? ¿Qué le pasó?

SOFÍA: Tu papá le pasó...

Dejan de bailar y HUGO comienza a tocar más suavemente. LÍA se sienta en el sillón. SOFÍA se sienta a su lado. Silencio. Truenos. Empieza a llover.

LÍA: Qué tarada, vine a la isla engañada, con la excusa de escribir una nota turística...

SOFÍA: ¿Engañada por quién?

LÍA: Por mí misma... En realidad, necesitaba venir para otra cosa, parece...

Silencio.

LÍA: Voy a apagar el grabador (*Apaga.*). Necesito saber. ¿Qué pasó después?

SOFÍA: Y después... bueno. El pueblo empezó a desconfiar de esas “corridas de la norma” de arriba. Nada bueno podía estar pasando los viernes en el monte. Y se empezó a decir cualquier cosa. Que hacíamos invocaciones, espiritismo... Hacíamos lo que queríamos y se ve que eso molestó mucho. Demasiado.

SOFÍA *se levanta, seria, se acomoda la ropa.*

SOFÍA: Para ese entonces habíamos encargado un ejemplar de Los versos satánicos de Salman Rushdie. Estábamos intrigadas por leerlo, yo que sé. Resulta que lo encontraron a Marito antes de subir con el libro y se lo sacaron. Lo tomaron como evidencia, de ignorantes que son, de que algo raro había en el monte y había que desarticularlo de forma urgente. La chispa que prendió la mecha fue la fiesta del patrono de la isla, San Hipólito. Ese año cayó un viernes y nosotras ni locas suspendimos. Había fiesta abajo y fiesta arriba. Fuegos artificiales, misa y alcohol abajo; fuego interno, misa pagana y alcohol arriba. Algunos, de mamados que estaban se cebaron entre ellos y decidieron subir a terminar con la joda. Me acuerdo que llegó Marito todo transpirado a advertirnos “Están subiendo. Son muchos, están entonados y tienen armas”. Muchas de las chicas, asustadas, en seguida se mandaron monte abajo entre los arbustos y se mezclaron con la fiesta del patrono. Tu mami no. Ella se quedó al lado mío.

HUGUITO *comienza a tocar cada vez más bruscamente el piano, encolerizado por el relato.*
SOFÍA, *mientras narra, busca otra cosa.*

SOFÍA: Yo le dije a tu mamá: Maricarmen... este es un asunto mío. Mío y de la Isla, vos andá con tu familia. “Lo tuyo es mío también”, me dijo ella y se plantó acá, pegadita a mí.

Pausa. Música fuerte. SOFÍA encuentra lo que buscaba. Estirando el brazo, saca un rifle de abajo del sillón y se sube a él nuevamente empuñando el arma.

SOFÍA: Los jeeps y cuatro por cuatro de los matones empezaron a rugir por el camino, yo saqué el aire comprimido y le dije a Huguito “Ahora somos nosotros nada más. Y si nos quieren peligrosos, peligrosos nos van a tener”. El pibe me miró con esos ojos de buenazo que tiene y yo le insistí. Después salió hasta la puerta a esperar. Y esperó y esperó a la muchedumbre y cuando al fin llegaron mostró toda la ferocidad que ellos habían inventado en él. Les devolvió en carne propia el mito de la bestia.

HUGO *empieza a rugir salvajemente mientras toca. La lluvia a esta altura es torrencial, los truenos interrumpen el relato, cada tanto.*

SOFÍA: Yo cargué el rifle de perdigones, me acomodé en la ventana transpirando adrenalina y...

¡Bam!

HUGO, *feroz, con una mano golpea brutalmente el piano y con la otra le da con un palillo a un redoblante emulando los disparos de Sofía, quien empuña el arma, parada sobre el sillón.*

¡Bam!

SOFÍA: ¡Los tipos estaban desconcertados!

¡Bam!

SOFÍA: “¡El niño perro!”, gritaban. “¡Acá está el niño perro!” y algunos corriendo como ratas decían “¡Disparan, las brujas nos disparan!”

¡Bam!

¡Bam!

LÍA: *(Mirando hacia afuera.)* Sofía... Veo la cuatro por cuatro de mi papá... Está subiendo por el camino...

¡Bam!

¡Bam!

¡Bam!

SOFÍA: Tu papá venía encabezando la caravana. Gritaba, estaba furioso y entonado.

LÍA: Se está acercando...

SOFÍA: Tu mamá lo miraba con ojos de mármol... De mármol prendido fuego. Dame el rifle, me dijo, y yo se lo di... *(Le ofrece el rifle a LÍA.)* ¿Querés?

HUGO *detiene la música repentinamente. Solo se escuchan la lluvia y los truenos.*

Tiempo.

LÍA: No... Yo no quiero matar a nadie...

SOFÍA: No podrías ni queriendo. Son perdigones, Lía. Esto no mata, escarmienta.

LÍA *duda, mira la cuatro por cuatro acercándose por el camino. Mira a SOFÍA. A HUGO. A SOFÍA nuevamente, hasta que se decide y agarra el rifle. Toma coraje y se sube al sillón. HUGO retoma rugidos, zamarreo de teclas y...*

¡Bam!

¡Bam!

¡Bam!

LÍA *grita, delira y...*

¡Bam!

¡Bam!

¡Bam!

¡Bam!

SOFÍA: Tu mami disparaba y tu papá y sus salvajes tomaban por asalto la casa y rompían, quemaban, profanaban...

¡Bam!

¡Bam!

¡Bam!

Entra ENRIQUE y se para, encolerizado, en medio de la habitación. LÍA lo mira, rifle en mano, desde lo alto del sillón.

SOFÍA: Tu papá se plantó acá adelante y encaró a tu mamá brutalmente...

Silencio. Lluvia torrencial.

ENRIQUE: No escuches a esta mujer, hija.

SOFÍA: Tu mamá lo enfrentó... "No te tengo miedo" le dijo...

LÍA: No te tengo miedo, pa...

ENRIQUE: ¿Qué carajo estás diciendo?

SOFÍA: "¿Qué carajo estás diciendo?" le preguntó a tu mamá.

LÍA: Digo que no te tengo miedo. Ya no soy parte de tu vida... no me vas a hacer daño nunca más.

ENRIQUE: Vos bajás inmediatamente conmigo y a esta loca de mierda no la ves más ¿Me entendiste?... Yo sabía que era una pésima idea que subas... Yo sabía, la puta madre...

LÍA: *(Le apunta con el rifle.)* Ya no soy parte de tu vida...

ENRIQUE: Bajá ese rifle...

LÍA: Vos no me vas a tocar un pelo nunca más...

ENRIQUE: Bajá ese rifle, Maricarmen...

LÍA: ¡No!

ENRIQUE: Me llegás a lastimar y te reviento como a un...

¡Bam!

ENRIQUE *recibe el impacto, se mira la panza y segundos después cae sentado al piso... agarrándose el estómago. Mira a LÍA, a SOFÍA, a LÍA nuevamente. Se mira las manos manchadas de sangre.*

SOFÍA: Y tu mami disparó. Le dio en el abdomen. Sangraba y puteaba, tirado en el piso, tu papá... Sangraba puteando. Tu mamá se asustó y salió. Corrió hasta el muellecito de tablones podridos y subida a un botecito destartalado, se perdió en la oscuridad...

ENRIQUE: La puta... Que te parió...

SOFÍA: Hugo y yo la alcanzamos a ver desde acá. Era un punto... un puntito obstinado atravesando la rompiente de dos, tres, cuatro metros de espuma rabiosa... Hasta que no se la vio más... Al otro día la dieron por desaparecida, y unas semanas después por muerta. Nadie supo nada... nunca más.

Silencio manchado por las puteadas masticadas de ENRIQUE.

ENRIQUE: Como a un sapo... Te voy a reventar...

Lía tiembla, aun empuñando el rifle.

LÍA: Furia, bronca, todo junto. Tan abandonada me sentí... tan poco importante para mamá. Sentí que se había ido lejos, montada en un viento lumínico... lo más lejos posible de mí. Que se había creído tanto sus propias supersticiones que las había hecho carne. Esas historias que me contaba para dormir con sus murmullos roncós, graves, de fumadora crónica, de marea alta estrellándose contra los acantilados...

ENRIQUE: Como a una cucaracha...

LÍA: Así era su voz. Su voz era las trombas, su aliento los huracanes, sus palabras autopistas de aire... El sonido de su voz... Le estoy dando cuerpo... Casi lo puedo tocar...

ENRIQUE: Ni un hueso sano... Te voy a dejar...

LÍA: Su voz siempre estuvo ahí, construyendo su universo de historias para salvarme. No eran mitos, ni leyendas. No eran supersticiones. En sus relatos nocturnos dibujaba una hoja de ruta. Un itinerario. Un plan de fuga de la isla.

SOFÍA: Te estaba habilitando.

SOFÍA le acaricia el pelo maternalmente y le saca el rifle de las manos.

ENRIQUE: Herido de muerte... Así estoy...

SOFÍA: No sea ridículo hombre, es un rasguño.

ENRIQUE: ¡Me siento morir! Herido de muerte... Boqueando como toro en la arena...

LÍA: Ya ve por qué siempre me dio terror la idea de venir... Sentía que la isla me iba a chupar, y no iba a poder volver jamás a casa. Que me iba a perder entre sus calles para siempre... sin poder encontrar la salida.

SOFÍA: Esos cuentos para dormirte de tu mami fueron el ovillo de hilo que ella te regaló para escapar. Siempre que los necesites van a estar para llevarte lejos... Para ponerte a salvo.

LÍA avanza unos pasos, mira el cielo. Suspira. Vuelve a mirar al resto, uno por uno.

LÍA: Ya no me importa la lluvia, el puente patinoso, la tormenta eléctrica. Tengo su voz, la tengo acá (*Se aprieta el pecho.*). Viajo en su voz.

ENRIQUE: Boqueando como hombre toro en la arena...

LÍA: Tengo sus historias, las tengo acá (*Se lleva las manos al estómago.*). Viajo en sus historias frágiles y potentes, como un hilo de oro...

SOFÍA: Tirá del hilo, Lía. Maricarmen te va a llevar.

LÍA sonrío y, lentamente, avanza hacia la oscuridad. SOFÍA la observa partir con una sonrisa agridulce.

LÍA: Hugo por favor...

HUGO comienza a tocar nuevamente la nota lenta y parsimoniosa al piano. El monte desaparece, solo queda iluminada LÍA completamente mojada de pies a cabeza.

LÍA: Imaginen una luz dorada y enloquecida,
que los arranca del piso, zigzagueando a la deriva.
Una luz hecha de viento, de misterio inexplicable,
de relatos inconclusos, de sol, de miedo y de aire.
Imagínense volando, agarrados a la nada.
Los sentidos en suspenso, la conciencia arrebatada
perdida en medio del viaje, sin punto fijo o soporte,
con el cuerpo como flecha dirigiéndose hacia el norte
usando supersticiones como medio de transporte.

Imaginen a la lluvia en remolinos bailando,
las mareas incontinentes en su avance devorando
los senderos de la isla, los campos, los animales,
en el agua sepultados los justos, los inmorales.
El océano en ascenso, la isla que se va hundiendo,
el pasado que de a poco va desapareciendo,
masticado por corrientes que no supo adivinar.
Pueblo malo, mal herido. Pueblo ahogado sumergido
bajo la furia del mar.

Pausa.

Y de repente las nubes se desvanecen, se abren.
Del mar manso y quieto solo un islote sobresale,
es el monte iluminado
como guía
faro
madre.

Apagón.

Final.

Víctor Malagrino es autor, actor y músico. Participó en diversas producciones de teatro independiente, comercial y oficial, y en grupos como **Sucesos Argentinos** y **Ambulancia** (Premio Teatro del Mundo a interpretación musical). Nominado al premio Clarín y Martín Fierro como actor revelación en TV. Como autor, escribe comics, guiones y obras teatrales. Editó en España el comic book **POMO!** Es egresado de la Diplomatura en dramaturgia del CC Paco Urondo, FILO, UBA.